

MITO, LITERATURA Y REALIDAD EN LA «TRILOGÍA AMERICANA» DE JOSÉ MARÍA MERINO

Ramón Acín Fanlo
Universidad de Zaragoza

Toda realidad humana se nutre de sueños
José María Merino

1. PRELIMINAR

A. Profunda introducción histórica

La llamada «trilogía americana» de José María Merino (1941) compuesta por *El oro de los sueños* (1986), *La tierra del tiempo perdido* (1987) y *Las lágrimas del sol* (1989) constituye una excelente introducción a un periodo rico y bullente de nuestra Historia que apenas ha sido tratado o utilizado como materia literaria por nuestros narradores a pesar de su innegable posibilidad y riqueza ficcional.

El «descubrimiento» y «conquista» de América ha dado, por fin, como tema literario, un gran fresco histórico-narrativo. *El oro de los sueños* está inspirado en la aventura de Hernando de Soto en el río Mississippi; *La tierra del tiempo perdido* está centrada en el Yucatán (México, Guatemala) teniendo como materia básica de ficción las últimas resistencias mayas cuando ya éstos, por el aluvión trasladado de la nueva cultura occidental, están en trance de perder su memoria histórica¹ tras la dureza de Cortés; y *Las lágrimas del sol*, la más auténtica si se observa desde la perspectiva histórica, asentada en Perú, Chile y Bolivia y recalando en las fratricidas luchas entre pizarristas y almagristas con el mítico «Tesoro de los Incas» al fondo.

Y se dice contundentemente «fresco histórico» porque, si exceptuamos a los «cronistas» (en especial Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* o a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Memorias y Naufragios*), al Inca Garcilaso y pocos más, el panorama es bastante desolador para la Historia de la Literatura Española y casi para todas aquellas de lengua hispana.

1.- Repárese en el episodio del «Libro de los libros de Chilam Balam» que Miguel copia a instancias de las bellas princesas y del sacerdote/mago maya.

Introducción lúdica —al compás de una lectura envuelta en el ropaje de la aventura— que abarca los setenta años más intensos de la presencia española en tierras americanas; es decir, de 1492 a 1550/60 aproximadamente, un lapso temporal que puede resumir fehacientemente el momento del choque y encuentro de dos mundos y, por consiguiente, de dos culturas —europea y precolombina—, acontecido en la mayor parte del territorio americano.

E introducción que, con gran acierto por parte del narrador, mantiene un perfecto equilibrio entre las posturas encontradas que, desde lejos, se vienen confrontando en una dialéctica absurda y de innecesario desgaste intelectual: la española «triumfalista» —Descubrimiento y conquista son las palabras claves— y la latinoamericana «victimista» o de exterminio.

Sabidamente, José María Merino presenta como protagonista y narrador al mestizo Miguel Villacé Yolotl, elección que le permite ofrecer una visión correcta entre ambas posturas enfrentadas y equidistantes; una visión, en suma, equilibrada y, quizás, próxima a la verdadera realidad, porque el mestizo² como tal está obligado a doblarse, a vivir entre los dos extremos (sangre, cultura e, incluso, orillas de un mismo mar), español e indio, sintiéndose partícipe y extranjero a un tiempo en cada uno de ellos con todo lo que esto conlleva de asimilación y de rechazo. Tal elección, la del mestizaje, supone la aparición de una renovada visión del mundo «vivido» y próximo a vivir —en este caso «narrado»— que obliga a la reordenación de esquemas; es decir, a pensar y a deducir teniendo como punto de partida esta lectura que nos hace dejar, como afirma L. A. de Cuenca, el huro triunfalista de la reciente Historia de España y, a la vez, el «mea culpa» psicoanalítico al que somos tan adictos³.

B. Una literatura para la aventura

La «trilogía americana» de José María Merino debe considerarse no sólo como la introducción histórica citada anteriormente o el justo homenaje a todos los participantes de aquella gesta sin par (tanto indios resistentes como el abundante tropel de soldados que acompañaban a capitanes, adelantados, conquistadores y demás buscadores de sueños y quimeras), sino como un buen reflejo y hasta como continuación —al menos en parte— de la literatura de la época que tanto empujó a la aventura y, por consecuencia, al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Hay buen buceamiento, además de medido, en el momento histórico-social por parte del autor que ha sabido reproducir verosímilmente la cotidianidad sin caer ni en la acumulación excesiva o/y trasnochada de datos complementarios ni en el dibujo hiperrealista de los ambientes.

Naturalidad tan sólo. Una naturalidad que nos transporta y nos imbrica tanto en el viaje/aventura como en el proceso de maduración que constituyen, en su conjunto, las tres novelas que componen la «trilogía».

El concepto de **aventura**, elemento básico y estructural en *El oro de los sueños*⁴, va insepara-

2.- Es muy sintomático que el final de la «trilogía» se cierre con una «nota del novelista (A manera de epílogo) fechada en Madrid, 12 de Abril de 1989. *Cuando se cumplen cien años del nacimiento del Inca Garcilaso de la Vega*» (el subrayado es nuestro), evidenciando así el precedente claro del protagonista (Inca igual a mestizo, se entiende) y la visión que se nos quiere ofrecer: imparcial y humanizada, capaz de mostrar a un tiempo las crueldades de unos y de otros en medio del variopinto conglomerado acompañante: pasiones, sensatez, locura, ambiciones, generosidad, realidad, quimera.

3.- *La Crónica*. León, 10-XII-1989.

4.- Conforme avanza la «trilogía», la aventura va dejando paso a la historia en un proceso «in crescendo» hasta el estallido final de las guerras almagristas y pizarristas del tercer libro. El trecho transcurrido desde la p. 23 de *El oro de los sueños* hasta la 207 de *Las lágrimas del sol*, último libro, es inmenso y se produce un giro de 180 grados como lo demuestran las citas siguientes. Al iniciar su primer viaje, Miguel nos dice: «Por la tarde me puse a gruñir la coraza paterna, y la celada. En aquella ocasión conseguí abstraerme hasta el olvido de lo que me rodea-

blemente unido al **viaje**⁵, tándem que ya puede observarse en los primeros libros épicos de nuestra literatura (*Mío Cid*), en las manifestaciones de clerecía (el viaje peligroso como elemento unificador de las andanzas de Apolonio en *El libro de Apolonio*), en las composiciones artúricas y en los «libros de caballerías» y, sobre todo, en la extensa «literatura de viajes» que desde el *Liber Sancti Jacobi* o *Codex Calixtinus* en plena Edad Media (*Libro de viajes* de Abu-Hamid; *Libro de viajes* de Benjamín de Tudela; *Libro de las maravillas* de Juan de Mandeville; *Embajada a Tamorlén* de Rui González Clavijo; *Andanças e viajes* de Pero Tafir; *Viaje a Tierra Santa* del canónigo de Maguncia, corregido por Martínez de Ampíes...), desemboca con fuerza en el Renacimiento, época de viajes quiméricos y, aparentemente, imposibles dentro de la historia de la humanidad⁶. Y ello sucede tanto en la vertiente literaria como en la histórica y, por ende, real.

Aventura y viaje literarios que permitirán a los lectores de la época —como lo permite hoy la obra de Merino— participar en las gestas de armas o en los acontecimientos y sucesos que acaecen en la historia, además de permitir también itinerar por ámbitos increíbles, muy lejos de la cansina inercia de la vida cotidiana. Ahí reside la explicación a las continuas menciones literarias que Miguel Villacé e, incluso, algún otro personaje, realizan dentro de la narración⁷. El autor es consciente, por ejemplo, del valor que los libros de caballerías (no únicamente en cuanto a esquemas de comportamiento; es decir, honor, valentía... y hasta caballería, sino en cuanto a elemento accionador) tuvieron en el hombre prerrenacentista y, sobre todo, para el soldado y conquistador del Nuevo Mundo⁸.

No hay otra explicación o al menos que alcance tanta fuerza —salvo hambres y pobreza— para que «un puñado de iluminados que apenas habían visto otra cosa que la línea del horizonte llano de Extremadura atravesaran de parte a parte uno de los continentes más grandes, más altos,

ba. Y otra vez soñaba ser don Amadís, que preparaba sus armas antes de alguna aventura contra gigantescos adversarios». Al finalizar la «trilogía», en conversación con doña Ana, afirma: «Desgraciadamente, he debido olvidarlos totalmente, mi señora. Ya no soy un niño y ahora sé que sólo en la imaginación de los autores de tales libros existe la andante caballería. He comprendido, con decepción, que se trata simplemente de fábulas». El personaje citado preferentemente es Amadís, pero también Esplandián, Lisuarte, Florisendo, Palmerín de Oliva, Felixmarte de Hircania, Belianís de Grecia... En general, conforme el protagonista crece y viaja, la realidad suplanta a la imaginación (literatura); de ahí que el descenso de la cita literaria se acompañe de un aumento de la crónica y de la historia. Ya se apuntó, la «trilogía» nace de la aventura y bascula fuertemente hacia la historia.

5.- El viaje es motivo recurrente en la literatura universal como apunta N. Frye (*Anatomy of criticism*), llegando, incluso, a ser símbolo de la búsqueda de la verdad (piénsese en Baltasar Gracián y su *Criticón*). Pero, tampoco se debe olvidar la querencia por el mismo que muchos, una vez probado, adquirían. Algo que también se traslada a la «trilogía»: «...la primera salida mía, en lugar de amedrentarme con sus sucesos funestos, me había despertado el apetito de correr los mundos al azar del destino benéfico o desdichado, pues aunque fuera nefasta para muchos, a mí me había deparado algunas riquezas y buenos amigos» (*La tierra del tiempo perdido*, p. 12).

6.- Añádase, entre otros muchos provenientes del extranjero, *El libro de las maravillas* de Marco Polo, libro existente en la biblioteca de Colón y, por tanto, elemento básico para comprender su proyecto de ruta hacia las Indias por el Este y del resultado de tal ruta: el descubrimiento del Nuevo Mundo.

7.- Remitimos a título de ejemplo a las páginas 12, 23, 44, 49... (*El oro de los sueños*), 28 y 177 (*La tierra del tiempo perdido*) o, entre otras, a la 207 (*Las lágrimas del sol*).

8.- Sintomático es el fragmento siguiente de la conversación entre Miguel y el Capitán de «El Pulido»:

-¿Conocéis las aventuras de Don Amadís- pregunté.

-Las conozco, muchacho, como conozco las de su hijo Esplandián, las de su nieto Lisuarte... Pues a pesar de que vuestro Rey ha prohibido que se traigan tales libros a estas tierras, tal debe ser la avidez por ellas que muchos barriles y botas, en lugar de contener los vinos que anuncian, vienen ocultamente cargados de estas fábulas (*La Tierra del tiempo perdido*, p. 177). (El subrayado es nuestro.)

más rotos y más calientes del mundo, *en busca de no se sabe bien qué*: lo del oro es una simplificación»⁹.

Aventura y viaje literarios que unidos al mito —fuente ingente y continuamente renovada desde la misma antigüedad clásica— adensarán las posibilidades imaginativas y el mundo «real» con islas, países de cucaña o jauja, ciudades, «Dorados» y demás mundos de utopía y fantasía.

C. La «trilogía» en sí

El oro de los sueños, *La tierra del tiempo perdido* y *Las lágrimas del sol* relatan tres momentos de una vida, la de Miguel Villacé Yolotl, que mediante la aventura y el viaje inicia, desarrolla y concluye su aprendizaje. Miguel como el *Diyenís Acritas* bizantino es hijo de dos sangres —conquistador español e india tlaxalteca—, un hecho que, como ya se ha apuntado, le coloca en especial disposición para asumir ese mundo que se le viene encima, escindido en dos extremos opuestos y que, a la larga, conlleva en su seno la dominación férrea de uno sobre otro hasta el punto de la casi total desaparición o «destrucción», siguiendo a Bartolomé de las Casas.

El «rito de paso» particular, de adolescente a hombre, base de la «trilogía», se salpica con una serie encadenada de sucesos, llenos de riesgo y emoción, que conllevan y conducen, mediante el acontecer de los mismos, a la comprensión y al conocimiento más acertado del mundo y de la vida.

Además de este proceso de aprendizaje —auténtico y pormenorizado retrato psicológico del protagonista— que discurre más allá de lo cotidiano, y del reflejo histórico¹⁰ y social, interesa por sobrepasar la realidad y adentrarse más allá de lo aprehensible; es decir, por intentar, desde la ficción, indagar en un mundo propicio o derivado de la locura, de la quimera, lleno de sueños dorados —por tanto, dimensión épica y desgracias—, de tierras perdidas por descubrir o recuperar, de tesoros y fantasías..., sin olvidar, por supuesto, el entramado técnico muy conseguido mediante el manejo de encuentros/desencuentros, tejidos, generalmente, con redes prontas a captar la benevolencia del lector, gracias a la sorpresa, a la rauda sucesión de acontecimientos o, entre otros aspectos —dosis de amor, ensoñación, etc.—, al dibujo y mixtura de los espacios.

Finalmente, he de resaltar que para el lector atento la «trilogía americana» de Merino todavía tiene y destila muchos más elementos. Y, así, la maquinaria creativa y el buen oficio del autor quedan claramente de manifiesto desde el mismo título de sus libros. *El oro de los sueños*, diseñado sobre una ambigüedad explicativa que nos lleva hacia el mito de riquezas y de felicidad eterna que siempre acompañó a las empresas de los conquistadores en una clara conjunción de lo material (oro) con lo inmaterial (sueño), aspectos básicos y dadores de vida a tantos y tantos espacios imaginarios, anhelados y perseguidos desde el mismísimo Paraíso (recuérdese: Tarsis y Ofir, las tierras del Preste Juan...) hasta los múltiples «Dorados». *La tierra del tiempo perdido*, aparentemente ambiguo también, con reminiscencias de leyenda y que, sin embargo, introduce de lleno en el contenido básico de la novela: el mundo maya que pierde su memoria histórica ante el violento alud impuesto por el conquistador. Y *Las lágrimas del sol*, plurisignificativo asimismo, con clara intencionalidad trágica —guerras fratricidas— y mítica —así llamaban los Incas al oro—, además de, en esa mezcla característica de magia y realidad tan propia del continente americano y que Merino sabe imbuirle, ofrecer guiños literarios y homenajes apenas entrevistos, como la dedicatoria a Salgarí — la búsqueda del mítico «Tesoro de los Incas», título de una novela del italiano— o a su León natal con el personaje Santiago Ordás, padrino de Miguel¹¹.

9.- Pedro Sorela. «Convivencia con los extremos». *El País*. Libros. II-II-1990. El subrayado es nuestro.

10.- A veces lo histórico posee tanta fuerza que se asienta incluso en el detalle. Así, la aparición de un pirata en *La tierra del tiempo perdido* podría considerarse como anacronismo y, sin embargo, es de una fidelidad histórica que asombra, puesto que está basado en el suceso del robo por un pirata del tesoro de Moctezuma que Cortés enviaba a Carlos V. La «industria» pirata se genera, pues, desde el mismo momento que los españoles descubren el nuevo continente.

11.- Incluso rubrica con un guiño lingüístico su homenaje a la Maragatería leonesa trayendo a colación la palabra «gochos» (cerdos).

2. ERA DE EXPLORACIONES. ERA DE ENSOÑACIONES

¿Exploración o ensoñación?, ¿ciencia o quimera?, ¿realidad o sueño?, ¿evangelización o enriquecimiento?... Todo tiene cabida a fines de la Edad Media cuando Europa comienza a disfrutar de un período de prosperidad frente a la precariedad económica de los siglos anteriores. El aumento de la producción conlleva la aparición de una burguesía potente que, apoyándose en el comercio, hace florecer las ciudades y elevar el nivel y la calidad de vida. Hay excedentes y consumo de productos de lujo destacando principalmente las especias traídas de Oriente. El clavo, la pimienta, el jengibre, el cardomomo, la nuez moscada... se convierten en valores sólidos dentro de la economía de la Europa del momento, llegando, incluso, a ser no sólo esencial elemento en los trueques, sino verdadera moneda de pago en los contratos y, por ello, signo clave de enriquecimiento y más si se observa que tal hecho se está produciendo en una Europa acostumbrada al lujo tras la caída de Constantinopla en manos turcas y tras la islamización de los tártaros: la ruta de las especias se cierra, alcanzando a partir de este hecho histórico, las especias precios desorbitados. Al lado de las especias, existió otro valor estable: el oro y la plata, escasos en Europa —la plata de Sajonia tocaba a su fin en esta época—, y los procedentes del continente africano en poder de los árabes. Ante este negro panorama, dibujado desde la perspectiva económica, era obligado el intento de buscar nuevas rutas, explorar y viajar por confines desconocidos en busca de caminos a fin de romper el cerco monopolizador o «bloqueo» al que Europa estaba sometida por turcos y árabes norteafricanos.

Al mismo tiempo Occidente, al hilo de sus conquistas técnicas y de su elevado bienestar, comienza a sentirse con ansias civilizadoras y colonizadoras. La conjunción está en marcha (Realeza, Iglesia, sociedad) y el Nuevo Mundo no tardará en aparecer. La aventura surge primero hacia el sur, hacia los temidos y calurosos territorios del trópico¹². A cada intento superado sigue un mayor atrevimiento y, por ello, es lógico que Colón aterrice en las lindes del Atlántico (Portugal y España). Pero esta necesidad económica también se acompañó de una «realidad» ficcional, de una ensoñación avallada por la *Verdad* del momento, asentada bien en la Biblia o «Libro de los Libros» (ejemplo, Tarsis y Ofir), bien en la tradición clásica (la Atlántida), en el valor de la palabra escrita (isla de las Siete Ciudades) o en el folclore uniformador que a fuerza de repetirse adquiría entidad como verdad ya inmutable en la conciencia del hombre y, ante todo, en aquél que tenía constante contacto con el mar (Isla de San Badrán, de Vac Vac, de Brasil o de la felicidad, de Santanazarer..., todas en el Atlántico). Así lo demuestra incluso la cartografía de la época (isla Brasil en el mapa de Toscanelli). Exploración y ensoñación irán hermanadas hasta el descubrimiento y accionarán posteriormente la penetración y «conquista» de los nuevos territorios que lo configuran.

En la «trilogía» de Merino esta realidad ficcional, esta «ensoñación» se encuentra representada por el fabuloso y quimérico reino de Yupaha¹³ que, situado en el delta del Mississippi, presenta todas las características propias de los espacios imaginarios aparecidos a partir del Paraíso¹⁴

12.- La llegada de Gil Eanes al Cabo Bojador (1434) o del Miedo supuso echar por tierra toda una serie de temores medievales como que el agua hervía en el ecuador o que la temperatura en éste lo hacía inhabitable, sin contar con la prueba inexistente de una larga parentela de monstruos, basiliscos, dragones...que había alimentado la desbocada imaginación y el lógico temor a lo desconocido.

13.- En la descripción que hace El Adelantado (*El oro de los sueños*, pp 55-57) del reino de Yupaha podemos encontrar ciertas similitudes con el mito de «El Dorado». En ambas, los indios usan el oro con fines religiosos, para pagar los tributos o, incluso, convertido en materia prima, para elaborar sus utensilios cotidianos más personales como los vestidos. Frente a ellos, el europeo o «conquistador» se mueve tan sólo por el afán codicioso de la riqueza.

14.- Incluso muchas veces se produce identificación dada la calma, la falta de prisas y de necesidades dado el feliz abastecimiento de la madre naturaleza, llena de excedentes. Desde luego la descripción de Merino es totalmente edénica, algo que suele repetirse en otras partes de la «trilogía» (lo mismo podríamos apuntar de muchas descripciones de las «crónicas»):

«Ya sabes pues por experiencia lo que quiero decir. Cuando yo llegué a las islas creí encontrarme en el mismo Edén. Los indios eran amistosos y hospitalarios...» (*La tierra del tiempo perdido*, p. 25).

y convertidos en mitos accionadores bajo la férrea autoridad que emana desde la Biblia (comunicada por Dios a los hombres a través de los profetas):

-El reino de Yupaha se asienta en un aménfimo valle, regado por frescos arroyos, donde proliferan árboles y verduras de todo género. Son tierras de admirable grandeza, ricas en maíz y frutas. A Yupaha tributan muchos señores, comarcanos suyos, con oro, perlas y otros bienes. En medio de tanta prosperidad, practican, sin embargo, esos malditos cultos del diablo que con socorro y ayuda de Dios van siendo descastados de estos lugares. Así, la parte principal de nuestra entrada se encamina a llevar la fe de Nuestro Señor a aquellos infelices...¹⁵

Si se observa el fragmento, se obtienen sin dificultad algunas claras referencias a la Biblia (descripción edénica); posteriormente, aparecen también los típicos sueños de riquezas que acompañan a todo mito que se precie y que son el elemento central para la realización de la empresa; y, finalmente, la función evangelizadora en perfecta combinación con todo lo anterior. Tres aspectos que, por lo general, sostienen el reiterado sonsonete de muchas relaciones y crónicas escritas durante los años de la «conquista».

La gran Yupaha no sólo es una reina, sino suma sacerdotisa. Habita un palacio, o templo, todo de oro. Pues aquellas gentes supersticiosas adoran sobre todo un ídolo del dios de los sueños, en figura de lagarto. Y así como los grandes lagartos de estas tierras viven comúnmente rodeados de agua, él sólo en oro puede estar inmerso. De oro son pues los suelos, las paredes, los techos. De oro las puertas y las tejas. De oro las mesas, los asientos, las vajillas con que comen, los lechos en que reposan. Sus vestidos están entretejidos de oro...¹⁶

En realidad, a poco que profundicemos, se observa que nos encontramos ante una versión más de «El Dorado» (elaborada ficcionalmente, claro), una más, sin grandes diferencias en lo sustancial, a añadir a las múltiples que ha habido en torno al mito; y como tal versión, José María Merino, le insufla las características relativas al mismo, tales como el peculiar ámbito geográfico y sus coordenadas propias (situación en los confines del espacio conocido)¹⁶; el carácter de botín que acompaña a la empresa y, entre otras, el cúmulo de penalidades que deben acompañar a la realización de la empresa:

-No es esta la primera vez que salgo de mi casa. Participé en la entrada de don Pedro de Rueda a los reinos de Yupaha.

-Bien conozco ese desastre -repuso-. Algo más de dos centenares iniciasteis la jornada, para regresar con vida apenas diez.

-Ocho musité yo...¹⁷

Todo se cumple y concuerda con la mentalidad mítico-literaria de la época: posible satisfacción de las aventuras en busca de riquezas; vivencia de situaciones maravillosas (es decir, no vividas por nadie con anterioridad) en territorios ignotos; muestras de heroísmo, valentía y resistencia; penalidades sin cuento tan en consonancia con los ideales caballerescos (no en vano aparecen los libros de caballerías y su modelo. Miguel se identifica —ideales, empresa, penalidades...— en un principio, aunque en el transcurso, dado su aprendizaje, la imaginación y sus mode-

15.- *El oro de los sueños*, p. 56.

16.- *Ibid.*

16.- Hasta tal punto está en los confines que cada vez se aleja más: «El cacique aseguró que, efectivamente, una gran señora reinaba en el este, cerca de las montañas, y que era dueña de incontables tesoros...» (*El oro de los sueños*, pp. 75-76). El texto, además de responder a la realidad del mito, responde también a la posible realidad histórica. Los cronistas relatan hechos semejantes en sus «relaciones» y crónicas en torno a las empresas en busca de tesoros similares. Los aborígenes parece que prometían lo desconocido con tal de quitarse de encima a aquellos molestos y codiciosos buscadores de mitos.

17.- *La tierra del tiempo perdido*, p. 25.

los dejan paso a la realidad); alejado espacio geográfico en consonancia con la existencia de riquezas materiales... La unión, en definitiva, de ensoñación —tesoro accionador— y realidad —exploración y, en determinados casos, conquista—... Y no en vano, dentro del entramado de la novela, la aventura de Yupaha revela a Miguel la vanidad de las ilusiones humanas e inicia un aprendizaje para reconocerse mejor que caracteriza al conjunto narrativo (el «rito de paso» antes mencionado).

Este episodio de Yupaha se repetirá, de forma similar, si bien con menor fuerza y extensión —el protagonista ya ha comenzado su alejamiento del mundo ficcional—, al inicio del segundo libro mediante la mención del oro del Perú, lugar al que en principio se dirige el protagonista aunque, posteriormente, las circunstancias no lo permitan e, incluso, ya con mucha atenuación en el tercero de la «trilogía americana».

No obstante, al igual que ocurre en el conjunto de las crónicas, los tres libros compuestos por Merino, como hijo indiscutibles de tales crónicas, ofrecen noticias de otros posibles «dorados» bien mediante menciones ambiguas:

Noticias de *una ciudad riquísima*, perdida entre la vegetación pero muy cercana a las tierras recientemente conquistadas, les animaron a su descubrimiento. Nunca encontraron la ciudad y la hostilidad del terreno y los indios de aquella tierra hicieron muy duras las jornadas¹⁸.

o de forma directa, pese a su rauda información:

hay un príncipe en el corazón de unas selvas que, *cubierto de polvo de oro, se baña* en las fiestas de su devoción en *un lago* también recóndito¹⁹.

3. LA ENFERMEDAD DEL ORO

-Ya basta de combatir. Es menester colonizar. *La pacífica tarea del labrador debe sustituir el alboroto del soldado*...

-*Es esa enfermedad del oro. Les roe las entrañas como un cáncer. Bajo su signo se hacen locuras feroces. La imaginación de ese brillo les vuelve la vigilia ensoñación y quimera*.²⁰

Esta conversación —monólogo más bien— entre el todavía niño Miguel Villacé —que asiste ensimismado— y su mentor Fray Bernardino, reproduce con claridad la verdadera situación vivida durante los años de la «conquista» y, al menos, evidencia que la frontera de la ética y la moral se halla resquebrajada en la Europa del momento (ya desde el siglo XIV) ante el desmedido consumo del lujo. Es claro que los metales preciosos y, en especial, el oro, signos de verdadera riqueza, prestigio y poder (repárese en el ejemplo literario que proporciona el comportamiento de los criados en *La Celestina*), se han encimado sobre cualquier otro guión social. No es, pues, extraño que todos los capitanes, adelantados, conquistadores y demás parentela de ilu-

18.- *El oro de los sueños*, p. 14. La cita, por su parte, pone de manifiesto otro aspecto típico: después de cada fracaso, los mitos de ciudades o de tesoros tornaban a renacer como el ave fénix de la fábula. La sed de oro y las narraciones exageradas de los primeros exploradores alimentaban de continuo el fuego. Sirvan como modelo las múltiples expediciones en busca de «El Dorado» que, a pesar de tener muy presente el fracaso y todavía muy reciente, la búsqueda volvía a reunir el suficiente número de hombres para formar una sólida expedición. Pedro Limpías fue el iniciador y luego un rosario: Gonzalo Pizarro (1541), Fernán Pérez de Quesada, Felipe Huntten, Benálcazar, Fernández de Serpa, Maraver de Silva..., ya en la planicie de Cundinamarca, ya en las serranías de los Andes, o bien en las frondosas selvas amazónicas. Todavía en pleno siglo XVIII el gobernador de Guayana envió expediciones en su búsqueda (1771 y 1776) que parecen poner fin definitivo a un mito todavía persistente en la memoria folclórica.

19.- *La tierra del tiempo perdido*, p. 28. El subrayado es nuestro.

20.- *El año de los sueños*, p. 20. El subrayado es nuestro.

minados/descubridores estén presos por esta enfermedad del oro²¹, y más si se tiene en cuenta que tales se nutren de los segundones de la nobleza y de los hidalgos de última fila que engrosaban en la época la gran capa social de desocupados, caracterizada por la ociosidad, el desprecio al trabajo y la necesidad de un posible y rápido enriquecimiento²². El oro, ya desde el mismo siglo XV, es motivo de búsqueda, aventura y conquista (piénsese en las empresas portuguesas por África durante este siglo) y se halla continuamente alimentado por la tradición folclórica que recibirá un mayor espaldarazo con el «testimonio» de los exploradores de los primeros viajes en el Nuevo Mundo.

Por otra parte, las «capitulaciones», breves claves para entender la «conquista» de América, todavía aclaran más la visión de esta necesidad de riquezas tan perseguida²², pues en su mayoría están basadas en el futuro hipotético que constituyen los posibles beneficios derivados de las empresas de descubrimiento y conquista emprendidas. Visto desde esta perspectiva, el oro, en gran manera, fue uno de los grandes motores del descubrimiento del continente americano empezando por el mismísimo Cristóbal Colón. Tales empresas conllevan, en la mayoría de las veces, la financiación personal y particular²², lo cual acrecienta todavía más la fuerza de la «enfermedad del oro».

La cita, por otra parte, también refleja otra cara de la moneda; es decir, la necesidad de sustituir «el alboroto del soldado» por la «pacífica tarea del labrador»; algo impensable durante los primeros años del «descubrimiento», por mucho que algunos estamentos lo vieran como indispensable, como ocurría con el eclesiástico, aunque la Iglesia también anduviese a vueltas en el «negocio» del oro (en la «trilogía» se remite para observar esta postura al personaje de Fray Bavón, pp. 143-145 de *El oro de los sueños*).

La «enfermedad del oro» era de tal fuerza y envergadura que, pese a los continuos fracasos, se renovaba permanentemente y se mantenía viva mientras la posibilidad de espacios imaginarios permanecieran por descubrir. La exploración de éstos supuso su variada ubicación y, por consiguiente, la aparición de los distintos «dorados» o «tesoros» (incas, muiscos,...) que salpi-

21.- «Recuerdo un hombre como vosotros, con la barba colorada y un largo cuchillo de ese filo que brilla. Vino perdido y hambriento... El día que llegó, finalizó una gran sequía. Llovía como un río y él apareció entre el agua. *Era un buen augurio*: se le festejó y se le hizo señor del agua. *Pero él no pensaba sino en el oro de vuestras preguntas: buscaba una ciudad toda de oro, con un templo de oro, donde residía un dios de oro... Era terrible el dios de aquel hombre. Pero cuando no pensaba en él, era hombre razonable, fuerte, amable...*». El fragmento entregado por Merino en labios de la vieja cacica que rememora épocas de su juventud (además de recordar a Cortés y su confusión con Quetzalcoatl), pretende reflejar esta pasión enfebrecida del oro pues, incluso, en el desamparo de su soledad como único occidental entre indios, el superviviente piensa únicamente en su quimera. El texto nos narra su aindamiento temporal y finaliza de forma sumamente expresiva: «...él me dijo que no podía permanecer a nuestro lado, que aquella inquietud de la ciudad del oro, del templo de oro, del dios del oro, y *el conocimiento de que le estaban esperando, era la mayor verdad de su vida*. Me pidió que le ayudara a huir y yo, siendo injusta con los míos, le ayudé... Aquel hombre estaba preso de alguna desventurada maldición que *le hacía ver como verdades las sombras de su fiebre...*». *El oro de los sueños*, pp. 113 y ss. El subrayado es nuestro.

22.- «Habíamos oído que, en las capitulaciones conseguidas con el rey cuando les concedió la gobernación de las tierras por descubrir, ambos figuraban con iguales derechos, como beneficiarios comunes. Según contaban, Don Pedro *era segundón de familia muy ilustre, y doña Ana, bastarda de algún miembro de la propia familia real*. En aquella aventura, don Pedro no sólo se proponía conseguir la gloria, sino *riqueza* para su propio matrimonio: para emprenderla *había vendido cuantas casas y tierras de vino poseía*, lo que para otro sería acaso fortuna, pero que carecía de relevancia para su ambición». *El oro de los sueños*, p. 47 (el subrayado es nuestro). Sintomático párrafo que dibuja de forma contundente una realidad cierta en la época: clase social, afán de aventura, ansia de riqueza (hasta el punto de sufragar la expedición con la propia hacienda), etc.

can las leyendas y los mitos o, simplemente, el cambio de nombre de los mismos (Meta, Dorado, Paítiti...), algo que se prueba fehacientemente a través de crónicas y relaciones²³.

Pero no sólo de oro enfermaron las inteligencias de aquellos iluminados-exploradores esparcidos por las amplísimas tierras del continente americano. La tradición folclórica y la costumbre, transmitida de boca a boca, también aportaron su parte. Así, el *país de Jauja* (tema muy propio de Europa: Pays de la Cogne en Francia, Paese di Cucagne en Italia...) llegó a localizarse o, cuando menos, a denominar a la zona del Perú hoy conocida por este topónimo, evidenciando con ello las riquezas, abundancia y prosperidad de este territorio como correlato próximo al significado del *Jauja folclórico*. Lo mismo puede decirse del *País de la Canela*, otro resorte accionador de la exploración y búsqueda de nuevas tierras. En la «trilogía», José María Merino utiliza tal denominación/quimera en *La tierra del tiempo perdido* (p. 28) y en *Las lágrimas del sol* (p. 87) acompañándola de otros refuerzos míticos (amazonas, por ejemplo) y situándolos en distintos lugares (América Central y Sudamérica, respectivamente):

-No sólo están en las imaginaciones de los autores de libros. Yo he visto desde una cumbre, en el horizonte, las primeras espesuras de la provincia de la canela, un país donde los árboles de canela se apiñan y extienden como espigas en un inmenso trigal. Y personas de todo mi crédito me han hablado, por haberlas conocido, de las indómitas amazonas que defienden denodamente su reino misterioso.

En otra reunión pude oír los detalles que se conocían de la famosa expedición de Gonzalo Pizarro en busca de la Provincia de la Canela...

4. REALIDAD MÍTICA Y MITIFICACIÓN DE LA REALIDAD (CACIQUES Y AINDIADOS)

El mito de «El Dorado» siempre ha ido unido o bien a la existencia de un indio emisario que comunica a los crédulos españoles la «ubicación» de tesoros y fructíferas tierras, o bien, de forma más directa, a la descripción del Cacique dorado, hermoso, poderoso y famoso. En *El oro de los sueños*, José María Merino utiliza como emisario a un antiguo soldado que en su vejez se halla convertido en peregrino —recuérdese su valor en la novela bizantina, por ejemplo— y que antes de su muerte, sucedida en casa del padre del adelantado Don Pedro, entrega como pago un mapa muy detallado. Por su parte, el cacique se halla convertido en Cacica que, a su vez, es también sacerdotisa de un templo todo de oro en el mítico reino de Yúpaha (véanse notas 13 y 14).

Frente a este mito proveniente de una realidad ficcional y del deseo de riquezas que accionaba a los exploradores y descubridores por las tierras del continente americano, existen otros mitos que provienen directamente de una verdadera realidad. Durante los primeros años del descubrimiento y «conquista» muchos españoles sufren una aculturación indígena. Algunos forzados por las circunstancias (quedan aislados entre el enemigo que les perdona la vida para convertirlos en esclavos y poco a poco escalan posiciones en la organización social de los indios) y otros de forma voluntaria embebidos por la fascinación de una vida y una sociedad no tan estrictas y reguladas como la europea (satisfacción fácil de los instintos, sexualidad libre, simplicidad de la vida comunitaria lejos de toda competencia y de dureza para ascender en el escalafón). También suelen aindiarse aquéllos que rechazados por lo occidental ven compensadas sus ambiciones de poder dentro del mundo indígena. Todo ello constituye el mito —procedente de una realidad constatable— de los «españoles perdidos», aindiados o indios carapálidas.

23.- Merino juega en la «trilogía» como puede observarse en alguno de los fragmentos que exponemos:

...Núñez de Balboa, que buscó sin suerte los tesoros de Dabaybe, el nunca hallado cacique de Darién (*El oro de los sueños*, p. 67).

-¿Oro? Yo he visto el rescate de Athahualpa, te aseguro que nunca ha habido emperador ni pontífice en la cristiandad que pudiera astentar la cuarta parte de su riqueza. (*Las lágrimas del sol*, p. 24)

Muchas son las fuentes que constatan esta realidad a pesar de lo escueto y poco detallado de las mismas. Suelen constituir, por lo general, pequeños comentarios en torno a curiosas anécdotas individuales que pretenden moralizar. Es el caso de Bartolomé de las Casas. Pero también llegan a configurar obras enteras como sucede con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tesorero de la expedición de Pánfilo de Narváez, que durante ocho años subsistió por el Sur de Estados Unidos como chamán entre los indios. Sus *Naufragios y memorias* configuran un buen ejemplo y una clara fuente para desligar mito y realidad en este fenómeno demasiado frecuente en la realidad y en la ficción: Gonzalo Guerrero, que tras naufragar la embarcación en que viajaba (1511) se aindió y asesoró a los indios contra los españoles en el Yucatán; Francisco Martín, formante de la expedición de Vascuña por Venezuela, convertido en hechicero indio; Francisco Guzmán en La Florida; el morisco y ex-esclavo de los Silva; los trescientos de la expedición de Ordaz por tierras del río Marañón...

En la «trilogía» el aindiado, carapálida o «español perdido» está representado por el padre de Miguel quien, en medio de su aventura, es encontrado convertido en «cacique» y jefe militar de la tribu, casado y con hijos y, por tanto, totalmente integrado en la cultura y estructura de sus benefactores y, por añadidura, sin querer regresar a sus primigenias raíces:

Yo estaba herido en este muslo de un lanzazo y no podía andar. Mi compañero fue en busca de ayuda, mas no regresó. Me mantuve libre hasta que se me terminaron todos los dardos. Con el último, perdía también el conocimiento y, cuando lo recuperé, me encontré atado de pies y manos sobre cuatro estacas, encima de una barra; había bajo mi cuerpo un grueso feje de leña destinado a ser encendido, para abrasarme hasta la muerte.

Luego supe que una niña, hija del cacique, rogó y porfió que no se me matase...

...Durante mucho tiempo, no pude regresar. *Luego, algo murió dentro de mí, algo nació. Yo ya no soy aquel hombre, Miguel...*²⁴

...Miguel, tu padrino se ha disgustado conmigo, pues no ha sido mi intención, ni siquiera en el pensamiento, regresar con vosotros. Cuando me lo ha preguntado, le contesté que soy en este lugar más necesario. Pero eso era solamente un pretexto. *Lo cierto es que yo me he visto obligado a olvidaros, Miguel, y ahora mismo no sé si sois un sueño. Acaso cuando desaparezcáis río abajo y todo recupere su aspecto de cada día, piense que realmente os soñé*²⁵.

Realidad y ficción aparecen, pues, entremezclados en este tema aprovechado ficcionalmente por el autor leonés. Realidad que no sólo se circunscribe a los primeros momentos del descubrimiento en las zonas de América Central y el norte de Sudamérica, como cabía esperar, zonas donde se producen abundantes casos, sino que traspasa el tiempo y el espacio y todavía en pleno siglo XIX son buscados los «Césares» o la «Ciudad de los Césares», por ejemplo (parece ser que tomaron tan extraño nombre de las tierras que, se suponía, habían sido destino del capitán Francisco César Caboto), convertida ya en región mítica por los territorios de Chile, Argentina, Paraguay, Perú... La historia pervive en el mito y en el folclore.

5. MONSTRUOS, SIRENAS Y LEYENDAS

El hombre siempre ha mitificado lo desconocido. La historia de la humanidad es un continuo ir hacia la leyenda y el mito como método de explicación de todo aquello —natural hoy día— que no llega a comprenderse de forma racional. Generalmente, en esta situación, el mito y lo divino se dan la mano. Y, por tanto, tampoco es raro que la imaginación planee desbordando la realidad. De la incompreensión de determinados fenómenos naturales pero no habituales o de la visión de animales antes no conocidos, etc. surge la vena fantástica e imaginativa que da lugar,

24.- *El oro de los sueños*, p. 161. El subrayado es nuestro.

25.- *El oro de los sueños*, p. 170. El subrayado es nuestro

mediante apoyaturas folclóricas o de otro tipo, a la fundamentación del mito casi como verdad inamovible.

El repertorio animalístico, por ejemplo, era enorme en la Edad Media y se transmitió a las épocas siguientes. Las numerosas relaciones, crónicas o diarios del descubrimiento y «conquista» aparecen salpicados de referencia a animales extraños o monstruos que combinaban en ocasiones lo humano y lo animal. El mar, por su parte, gran desconocido debido a las navegaciones generalmente de cabotaje, proporciona un filón increíble. Los avances científicos (brújula, etc.) irán rompiendo estos bestiarios marinos, de la misma forma que la exploración de las nuevas tierras echará por tierra las creencias y existencia de grifos, cinocéfalos y demás galería de monstruos. Por ello, durante la «conquista» y descubrimiento de América, las noticias sobre tales tierras, además de las fábulas sobre tesoros, ciudades riquísimas, «dorados» y de otros formantes del rico y variado conglomerado imaginativo derivado del ansia de riquezas, se verán rodeadas de creencias y miedos en torno a animales y peligros siempre acechantes. Entre los casos utilizados por Merino encontramos, dentro del aspecto marino, la existencia de un monstruo y de una sirena.

El monstruo se reduce a un pulpo gigante, aspecto asentado en la realidad que poseía predicamento ya en la antigüedad y que ha llegado incluso hasta nuestros días, lógicamente convertido en verosímil materia literaria (*Veinte mil leguas de viaje submarino*, las series fantásticas de TV y cine, por ejemplo). En *El oro de los sueños* (pp. 62-63), Merino describe este animal acercándose mucho a la realidad y lo hace mediante un predominio de la imagen, casi cinematográfica, al estar asentado en el narrar y no en los diálogos:

...De pronto, alguien llamó la atención sobre un curioso sargazo que estaba pegado al casco de la carabela, justo a ras de agua. Era alargado y ancho como un muslo de color pardo. El hombre que había comentado su rareza intentó desengancharlo con un bichero.

Mas no era un sargazo. Aquella masa rugosa constituía el extremo de algo mucho más largo, que salió del agua culebreando... Todo transcurrió en unos momentos. Se trataba de un cuerpo extenso, también, pardo en el dorso, aunque en sus movimientos, dejó ver uno de sus lados, apretado de orificios cóncavos. Cerca de aquel largo cuerpo había surgido otro. Tras aquellos apéndices serpentinos, salió del agua una enorme masa bullente de brazos más cortos. En mitad de aquella masa había un pico que parecía el remedo desmesurado de un ave. Y muy cerca, un ojo terrible, gigantesco que parecía mirarnos con fijeza. El monstruo agitó sus apéndices, creando en su torno un gran remolino de espuma, y luego se sumergió de nuevo en el agua...

En otras ocasiones, la «realidad» no es vista como ocurre con este pulpo o calamar gigante, sino que «Dicen que se dice», algo que el leonés también explota al citar a otro animal propio del bestiario medieval y muy propio también de la iconografía religiosa —y, por ende, asentado en la verdad— como es el caso del dragón, siempre guardián, claro, de riquezas y secretos:

Eso cuentan. Dicen que, cuando regresaba, en las penurias y los esfuerzos de su viaje, soñó una noche que un dragón le arrancaba el corazón y se lo despedazaba a mordiscos...²⁶

«Entonces, los cadáveres y las aves que lo estaban devorando se transformaban en un solo cuerpo que se movía hasta alzarse y separarse de la roca. Si aquello era un dragón, tenía aspecto de la Serpiente Emplumada que todavía adorna muchas construcciones de mi país...»²⁷

Merino, para mayor credibilidad, superpone la creencia de este animal fantástico sobre las leyendas precolombinas e, incluso, sobre la iconografía y escultura de estas culturas. Tampoco debe olvidarse que en la época se producirían cruces entre leyendas y supersticiones traídas de Europa y las propias de las zonas americanas. La fusión en el texto parece además verosímil en la mente de un mestizo, cruce de ambas posibilidades culturales.

26.- *Las lágrimas del sol*, pp. 88 y 89. El subrayado es nuestro.

27.- *Las lágrimas del sol*, pp. 38-40.

Otro animal mítico y muy propio del bestiario medieval y clásico (recuérdese por ejemplo la *Odisea*) es la sirena. Merino, con cierto aire de misterio, dentro de la trama que constituye este suceso de la novela, explota esta figura en *La tierra del tiempo perdido* y deja patente el extravío de la imaginación en la imposible fantasía que padecen el capitán y el contraalmirante del barco, quizás semejante a los que pudieron sufrir los iluminados exploradores, conquistadores, soldados españoles al contacto con lo desconocido de los territorios recién descubiertos y agudizados por el soporte ficcional de bestiarios y mitos europeos:

...El blancor de la luna hacía relumbrar un gran cuerpo blanco y liso en que creía apreciar rasgos femeninos...

-Nuestro capitán la capturó. Dicen que son fantasías, pero ahí la puedes ver. Hija de una musa y de un dios río, con sus cabellos de oro, sus pechos nacarados. Es de comprender que el capitán haya perdido el juicio por ella...

...No era un ser humano. Era un animal de ojos saltones y gordos morros erizados por un vello hirsuto, con cuerpo cubierto de pelo fino y apretado. Yo había visto bastantes seres semejantes en pequeñas islas cercanas a la costa... lo único que diferenciaba a ésta era el color de su pelo, blanco como la leche...

Al lado de estos monstruos, citados de pasada o formando parte del conjunto de la «trilogía», se observan cañamazos de leyendas como «la fuente de la edad», «las Amazonas», o de mitos como el del «buen salvaje», sin contar, por supuesto, las propias de la «trilogía» (dada su lógica ambientación geográfica, histórica y cultural americanas) y provenientes de la tradición precolumbina como Quetzálcoatl (*El oro de los sueños*, pp. 66, 75, por ejemplo), Huehetéotil (*ibíd.* p. 28), Uichilolotl (*ibíd.*, pp. 67-68), el relato de los «cinco soles» trasladados a las «ceibas» (*La tierra del tiempo perdido* p. 79) o alusiones continuas a mitos mayas (*La tierra del tiempo perdido*) o incas (*Las lágrimas del sol*). Asimismo Merino navega por el mundo común de la leyenda europea mediante historias incardinadas en la tradición folclórica de enanos que llegan a reyes (*La tierra del tiempo perdido*, pp. 95 y ss.), o incardinadas en la creencia popular (tesoro del tiempo de los moros. *El oro de los sueños*, p. 79).

6. LA REALIDAD RECREADA

Finalmente, en la «trilogía americana» de Merino podemos encontrar como motivo ficcional elementos varios provenientes de una realidad existente (al menos tal resultado se deduce al comparar este bloque narrativo con las crónicas de la época), expuesta en toda su crudeza a pesar de la serenidad y del equilibrio que sustenta la visión ofrecida por el mestizo Miguel Villacé. A título de ejemplo enumeramos los siguientes temas:

- Leyenda negra y crueldad de la conquista (*La tierra del tiempo perdido*, pp. 25, 64, 66...).
- Mestizaje (en todo el desarrollo de la «trilogía»).
- Fundación de ciudades (*La tierra del tiempo perdido*, p. 122).
- Destrucción de culturas (*La tierra del tiempo perdido*, p. 123...).
- Encomenderos (*La tierra del tiempo perdido*, pp. 129, 143, 147...).
- Evangelización (*La tierra del tiempo perdido*, p. 132), etc.

A su vez, la «trilogía» de Merino encierra también en su seno la realidad literaria de la época. A título de ejemplo, destacamos uno de los tópicos de la literatura del XVI y, sobre todo, del siglo XVII como el de mujeres vestidas de hombre o mujeres soldado (*El oro de los sueños*, pp. 140, 147-48...).